

lindas flores; hoy el pueblo y los niños pasean gozosos entre los árboles y respetan la rosa que á todos ofrece su perfume. Tampoco nosotros debemos cejar; plantemos árboles y arbustos floridos hasta que todos los respeten.



## RESUMEN

DE LAS

### PONENCIAS Y MEMORIAS DE LA SECCIÓN V.

*leído en el Congreso Pedagógico el 19 de Octubre de 1892.*

SEÑORAS Y SEÑORES:

Próximo ya á terminar sus tareas el Congreso, y cerrándolas hoy la sección quinta, correspondiente á la enseñanza de la mujer, hora es ya de que midamos la intensidad del esfuerzo realizado y calculemos su trascendencia, así para el porvenir pedagógico de la mujer, como para la estimación de los grados de su cultura presente. No vacilo, señores, en afirmar que esta Asamblea ha tenido altísima importancia, no sólo á título de punto inicial de una gran reforma que todos presentimos, sino porque demuestra que esa reforma es realizable ya, y que

la inmensa mayoría de los que piensan y meditan sobre esta clase de cuestiones, ven el problema de un modo casi idéntico, con sorprendente y significativa unidad.

Tanto más sorprendente y significativa, señores, cuanto que los que hemos informado sobre los cinco temas que comprende la sección de enseñanza de la mujer, ni estábamos unidos por lazos de amistad, ni por comunidad de profesiones ó ideas políticas y religiosas, ni menos, para elaborar y emitir nuestros dictámenes, nos hemos concertado y puesto de acuerdo previamente por medio de ningún santo y seña. Los que aquí hemos hablado sobre enseñanza de la mujer, venimos, no sólo de distintos campos, sino de naciones distintas; apenas si nos conocíamos de nombre; apenas si podíamos sospechar que existiese, entre nosotros, el misterioso nexo común de un ideal que flota en la atmósfera de nuestro siglo y que, impregnando á la vez nuestras almas, nos ha inspirado palabras tan afines

y hasta frases enteras tan idénticas, que si no supiésemos cuán imposible es el caso, diríase que nos habíamos plagiado los unos á los otros.

Individuos de distinto sexo, de varía nacionalidad, de carácter, tendencias y profesiones antitéticas; los unos procedentes de la arena literaria, los otros de la científica; éste maduro en el ejercicio del profesorado, el otro encanecido en el combate de la ciencia, han venido aquí, como á la voz de un conjuro, á solicitar la misma reforma, en grados que apenas difieren en intensidad, siendo esta intensidad mayor ó menor una cuestión que podremos llamar de temperamento. Inclínandose unos al oportunismo y prefiriendo los más el radicalismo, todos han afirmado en alta voz y con seguridad que se deriva de la convicción, que la educación femenina es hoy deficiente, casi nula, y que es preciso extenderla y elevarla hasta los mismos límites de la del hombre; sosteniendo y demostrando que esta reforma es de derecho, de posibilidad y de conve-

niencia, — los tres grados que en toda reforma es preciso admitir, para que sea, además de justa, fecunda y próspera. — Los profesores han patrocinado con su experiencia el planteamiento de la educación intelectual superior y completa para la mujer; los médicos han abogado por la plenitud de su educación física; los pensadores han reconocido la inviolabilidad de sagrados derechos tan largo tiempo hollados y desconocidos; y los más profanos, los más ajenos á este asunto, pero obligados, como escritores y artistas, á observar los fenómenos de lo que llamó Balzac *comedia humana*, hemos declarado, puesta la mano sobre el corazón, que las anomalías é imperfecciones sociales son en gran parte debidas á la singular situación de la mujer, y que la sociedad no puede marchar á ningún estado armónico mientras no equilibre los dos platillos de la balanza humana.

He dicho que sorprende la unidad de pensamiento que reina en los informantes de la sección quinta, de enseñanza fe-

menina; pero hay en los debates de este Congreso una nota, más digna casi de fijar la atención de los partidarios de la experiencia. No sólo se ha demostrado aquí la aptitud de la mujer á otra educación que la que hoy recibe con Memorias razonadas, sino que así como al escéptico se le probaba la realidad del movimiento andando, la mujer, con su asistencia é intervención en este Congreso, ha echado prácticamente por tierra el mayor número de obstáculos que la rutina ó la mala fe oponían á su actividad consciente y libre. Ha venido aquí la mujer, no sólo á contribuir á la obra intelectual con el contingente de su propia razón, de una cultura adquirida á despecho de toda clase de impedimentos y trabas legales y consuetudinarias, sino á poner tan claro como la luz del día que puede alternar con el hombre para los fines superiores de la cultura, sin detrimento de la dignidad, sin menoscabo del pudor, sin gárrulos desplantes ni descompuestas acciones, sin alterarse cuando la contradicen, sin

mostrar ni intolerancia ni intransigencia, sin permitirse un arrebató, sabiendo conciliar, con exquisito sentido moral y estético, la incontrastable firmeza y energía que deben infundir las convicciones, y la cortesía, deferencia y moderación que deben caracterizar, no en especial á un sexo, sino á la humanidad entera. ¡Ah, señores congresistas! ¡Cuántas y cuántas veces habréis oído repetir que la nota característica de la mujer es la vocinglería y la impetuosidad inconsiderada; cuántas veces habréis presenciado, y acaso saboreado como entretenimiento, el espectáculo de una riña de mujeres en la calle, donde todo son voces, dicterios y chillidos! Mas, ¿qué digo en la calle? Señores, como de esas cosas se han visto también en salones vestidos de ricas estofas de seda y alhajados con muebles artísticos, y si lo dudáis, recordad la preciosa novela *Pequeñeces*, del Padre Coloma, y veréis cómo no son únicamente las verduleras las que se agarran del moño. Comparad, señores, á la mujer degrada-

da por la incultura, con la que ha aspirado á templar su espíritu en el estudio y la conciencia de la propia dignidad, y decidme en cuál resplandece mejor hasta la poesía y la belleza del carácter femenino.

Si este fuese sitio para dar consejos, yo no me cansaría nunca de repetir á la mujer que en ella misma residen la virtud y fuerza redentora. Más que nuestros discursos y nuestros estudios, nos ha de sacar á flote el ejercicio de nuestra propia voluntad y la rectitud de nuestra línea de conducta. La mujer se cree débil, se cree desarmada, porque todavía está bajo el influjo de la idea de su inferioridad. Es gravísimo error: la mujer dispone de una fuerza incontrastable, y basta con que se resuelva á hacer uso de ella sin miedo. Así como hay remedios eficaces que se componen de venenos, la fuerza de la mujer, obligada hoy á luchar con tantas preocupaciones y viejas malicias, la fuerza de la mujer, repito, está formada en gran parte de desprecio. La mujer debe despreciar las injurias estólicas, despreciar las chan-

zas y burlas insípidas, despreciar las alharacas, despreciar toda malignidad, toda amenaza, toda mala fe, toda hipocresía, toda mezquindad intelectual; y para este sano y fortificante desprecio, amargo como el ajeno y como el ajeno medicinal, revestirse de la serenidad del estoico, ó armarse de la culta risa del satírico, tan diferente de la risa del salvaje, que se rie sólo porque ve cosas nuevas para él ó superiores al alcance de su entendimiento. Lo que la mujer no debe despreciar nunca, muy al contrario, es la meditada objeción, la observación bien intencionada, en una palabra, la sabiduría y la bondad ajenas; pero ante los malos y los necios, ha de ser como estatua de mármol, que no sienta ni el lodo ni las piedras que le arrojen.

Perdonadme la digresión, porque ya voy á cumplir mi cometido, dando cuenta al Congreso, con la brevedad que imponen las circunstancias, del sentido dominante en las Memorias presentadas á esta sección, prescindiendo única-

mente de la mía, por razones bien obvias. Por las mismas, señores, no extrañaréis que considere con alguna más detención los informes que se deben á la cooperación de la mujer. Elocuentes y dignas de todo elogio son las Memorias del doctor D. Angel Pulido y D. Joaquin Sama, consagradas al estudio de la educación física, y á propugnar y defender su desarrollo racional; muy notable la del doctor Berra, maestro, guía y luz de la pedagogía americana, así como la del señor Torres Campos, tan copiosa en doctrina y tan cauta y sabiamente ecléctica en sus conclusiones. Sin duda que la cooperación del hombre en esta sección es doblemente meritoria, porque ostenta un sello de generosidad que realza moralmente el valor del contenido científico. Mas si consideramos lo que representa, como sintoma, la cooperación femenina, creo que no ha de llevarse á mal el que le dedique mayor espacio y atención.

Revestida la señorita Doña Carmen Rojo, directora de la Escuela Normal de

Maestras de Madrid, de la autoridad que le concede su experiencia profesional, ha traído precioso contingente á las tareas del Congreso con su ponencia del tema segundo: "Medios de organizar un buen sistema de educación femenina y grados que ésta debe comprender; cómo pueden utilizarse los organismos que actualmente la representan, en punto á la cultura general." En opinión de la señorita Rojo, si respecto á la educación de la mujer se ha discutido mucho, se ha hecho poco ó nada; y partiendo de la convicción de que la mujer y el hombre, iguales en lo esencial y diferentes sólo en lo accidental, tienen los mismos derechos, cree la señorita Rojo que es necesario extender la esfera de la educación femenina, hasta lograr que la mujer se baste á sí misma y no dependa de nadie. Para esto entiende que no se necesita crear nuevos centros de enseñanza, sino perfeccionar y ampliar los ya existentes, haciendo de la Escuela Normal una especie de universidad femenina. El plan que al efecto des-

arrolla la señorita Rojo demuestra conocimiento práctico de las necesidades pedagógicas, y es digno de atención, aun cuando he de declarar que no estoy conforme con su idea, pues soy partidaria de la coeducación ó educación mixta; lo cual no me impide hacer justicia á los conocimientos y á la notoria competencia demostrada por la señorita Rojo en su docta Memoria. Digna es también de honorífica mención la valiente Memoria de la profesora señorita Alcañiz, así por su acertada exposición, como por la lógica persuasiva de su amplísimo criterio.

La premura del tiempo ha privado al Congreso de la satisfacción de escuchar el bien escrito y hermoso trabajo de la respetada historiadora americana, señora Doña Soledad Acosta de Samper. Todos los que desde hace tiempo conocíamos y apreciábamos altamente los méritos de la señora Acosta, hemos lamentado que el Congreso se hallase en la imposibilidad de oír su Memoria, pero yo he recorrido sus páginas y visto en ellas un nutrido alegato

donde se demuestran, con citas y nombres propios, las aptitudes de la mujer para el ejercicio de las profesiones, de las letras y de las artes. Creo hacerme intérprete de los sentimientos del Congreso al saludar desde aquí á la señora Acosta, y en ella á la representación de su joven patria, hija y hermana nuestra, que acaso esté llamada á precedernos en el camino de reformas tan justas como civilizadoras.

De la Memoria de la señora Wilhelmi de Dávila, ¿qué os diré que pueda igualar en elocuencia á los aplausos con que la habéis acogido? Inspirada en las más atrevidas hipótesis científicas modernas, —porque el darwinismo no es por hoy cuerpo de ciencia demostrada sino hipotética,— tan osada en el fondo como apacible y delicada en la forma; bien pertrechada de interesantes y convenientes datos estadísticos, la señora de Dávila ha conseguido comunicar al auditorio la persuasión de que la aptitud profesional de la mujer ya no es discutible, porque

no se discuten los hechos. Cabrá, y de hecho cabe discusión y litigio respecto al origen de las especies, á la infalibilidad de la ley de herencia, á la filosofía trascendental de la selección y del *bellum omnium contra omnes*: lo que nadie puede negar, después de oír á la señora de Dávila, son dos cosas: que la mujer ejerce de un modo brillante en otras naciones la abogacía, la medicina, la ingeniería, y que la señora de Dávila es para la causa de la mujer un abogado tan habil, tan gentil y tan diestro como la *Porcia* de Shakespeare en *El Mercader de Venecia*.

Lamentemos, señores, de todas veras, que no se encuentre aquí entre nosotros la ilustre señora Doña Concepción Arenal, á quien podemos llamar nuestra decana, y á quien manifestaríamos con nuestro respeto y con nuestros entusiastas aplausos, cuánto estimamos su saber, cuánto veneramos su carácter, cuánto admiramos sus dotes singularísimas de pensadora, de publicista, de maestra en

ciencias políticas y morales. El Congreso, señores, realizaría un acto de justicia poniéndose en pié como un solo hombre al entrar Doña Concepción Arenal en su recinto: el Congreso, señores, tributaría á la autora de las *Cartas á los delincuentes*, de la *Cuestión social* y del *Visitador del pobre*, el homenaje debido á la dama insigne, á quien leen, traducen y consultan los sociólogos de Alemania y de Inglaterra, y á quien corona ya, con la augusta diadema de los años, el lauro de la sabiduría y la gloria del más ejemplar empleo de las facultades afectivas é intelectivas, no de una *mujer*, sino, como ella quiere que se diga, de una *persona*.

Pero si doña Concepción Arenal no ha venido en cuerpo, ha venido en espíritu, enviando al Congreso una Memoria que abarca todos los temas de la sección, y que es obra maestra de razón y madurez de pensamiento, al par que demostración brillantísima de que ni la edad ni los padecimientos hacen mella en la viril men-

talidad de la filósofa. La habéis oído, señores, y no ignoráis que es acaso lo más radical, lo más hondo que aquí se ha dicho. De sus conclusiones se desprende que la mujer, no sólo debe educarse *como* el hombre, sino *más* que el hombre, toda vez que necesita ser *más persona*, para "conocer y cumplir su deber, conocer y reclamar su derecho, dignificar su existencia y dilatar sus afectos para que traspasen los límites del hogar doméstico, llamando suyos á todos los débiles que piden justicia ó imploran ser consolados... Y ved aquí, señores, cómo por distintos caminos y siguiendo cada cual el suyo, se puede llegar al mismo término. Lo que doña Concepción Arenal pide principalmente en interés de la colectividad, lo pedimos otros principalmente en interés del individuo: por eso os decía al empezar que aquí hemos estado unánimes los que venimos de opuestos campos, los que quizá nos arrodillamos ante distinto altar, los que en otros terrenos hablamos lengua tan diversa, que acaso no nos enten-



deríamos. Eficacia pasmosa la de las grandes reivindicaciones, que juntan en un haz á los espíritus más divergentes. Espacioso es el templo de la justicia, y en él caben todos.

Concluyo ya, señores, rogándoos que la votación corresponda al sentido de la información en la sección quinta de este Congreso, y que de él resulte algo práctico, concreto y fructuoso para la inmediata y anhelada reforma de la enseñanza de la mujer.



## CRÓNICA DEL MOVIMIENTO

INTELLECTUAL EN EL CENTENARIO

CONOZCO bien que es ambicioso el título. La reseña del movimiento intelectual del Centenario no cabe en pocas páginas. Téngalo en cuenta el lector, y dispense omisiones.

El movimiento intelectual en el Centenario es, más que intenso, extenso, complejo y multiforme, y hasta mezclado con elementos extraños. Conferencias, lecturas, discursos y veladas en todas las sociedades; Congresos de muy distinta índole, carácter y fines; libros á docenas; extranjeros ilustres que nos visitan y nos obligan á fijar la consideración en sus méritos antecedentes; Exposiciones que nos deslumbran con la riqueza de sus tesoros y la variedad y número de objetos